

La guerra del fin del mundo (1981)

Búsqueda de un absurdo

Ernesto Sánchez Aliaga

*La revolución, la igualdad de los hombres
y el ocaso de la opresión eran sus más grandes ideales;
la riqueza, la propiedad privada
y toda la sedición en el mundo eran sus objetivos a derribar.*

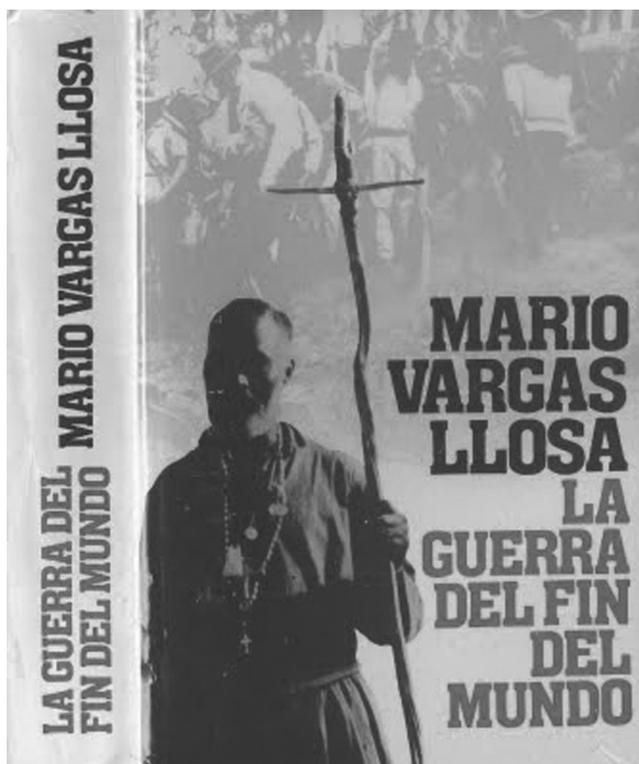
En una coyuntura dispersa de un tiempo no tan remoto, la pobreza, la religión, el fanatismo, la sedición, el poder y la frustración se juntan en el noreste de Brasil, en una tierra pobre, en un sertón de Bahía de Canudos. Cuando la buena nueva llegó, las almas atizaron sus esperanzas; Antonio el Consejero vivificaba la salvación de todo desgraciado en esta vida, convirtiendo la devoción en el arma más perniciosa de la humanidad. ¡Ya no era más el verbo, ahora era el hombre a quien se encumbraba!

Todo condenado en la faz de la tierra se congregó en ese lugar y ahí formaron parte de esa gran familia adiestrada por la devoción. Existen los personajes más diversos, que con sus sobrecogedoras situaciones definen el clímax de la historia: Galileo Gall y su ciego afán por liberar a los oprimidos del mundo, el miope periodista y su búsqueda de la grandeza y la felicidad, el Beatito y su anhelo de complacer al Consejero, Joao grande y su deseo de salvar su demoníaca alma, Jurema y la reivindicación de su honor como hembra, el Consejero y su prédica trasnochada, escuchada por oídos y corazones que seguían sus palabras. Todas esas intenciones llegan al límite en el desenvolvimiento de la historia, tratando de escapar del círculo que los encierra.

Vargas Llosa pone como base un hecho histórico y verídico: la Guerra de Canudos, un sangriento episodio en la incipiente república brasileña a finales del siglo XIX. Es en ese tiempo que surgen las grandes revoluciones humanas, momento adecuado para desen-

trañar esta historia que acoge cada faceta de esos cambios y los explora en la perspectiva de cada personaje.

Tres expediciones militares fueron necesarias para acabar con la rebelión de los yagunzos, rebeldes esclavos del credo que insistían en la derrota del mal encarnado en la República, la separación de la Iglesia y el Estado, el matrimonio civil y el sistema métrico decimal. Era la guerra de la civilización contra la barbarie, del pasado contra el presente, el enfrentamiento entre los dueños de la tierra y los elegidos para gobernarla. Canudos representa, alegóricamente, el paraíso de esos



miserables, de esos parias, de aquellos que tienen la dicha apagada y negada por los que conocen el progreso, el desarrollo y la técnica humana.

Encontramos manifestada en la estructura de toda la obra, una arquitectura original, cincelada por las múltiples perspectivas que son manejadas por el evento apocalíptico de la guerra, por el tiempo de las acciones de los personajes, por el espacio en las que ellas se abarcan y en las que se extienden. Su intriga también ha sido manejada de una forma magistral, llevándola con ritmo en los acontecimientos, acelerándola y reteniéndola en los monólogos interiores para dar un quiebre

en la recepción sensitiva del espectador, generando un síntoma de desesperación y anticipación.

¿Podría yo, lector acucioso, enviciado absurdamente por la literatura, encontrar alguna moraleja en esta historia? No lo sé, ni me importa. La literatura no arregla conciencias, no induce a hacer el bien, induce a fantasear con las cosas más ridículas y a frustrarse con lo más bello de la vida. Si existe una moraleja, ha de ser la de seguir adelante con esta forma de vivir, de continuar en la búsqueda de un absurdo, de fomentar este vicio que son las historias y las fantasías. La literatura las hace vivir.